BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España

La epopeya de Irún

POR

EL TEBIB ARRUMI

Nº 12

BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España

LA EPOPEYA DE IRUN

por

"EL TEBIB ARRUMI"

EDICIONES ESPAÑA
Duque de Sexto, 17, Madrid
MAYO 1940
PUBLICACIÓN DECENAL
NÚM. 12

PRIMERA EDICIÓN

Mayo de 1940

Es propiedad de
EDICIONES ESPAÑA

LA EPOPEYA DE IRUN

POR

"EL TEBIB ARRUMI"

I

Volvemos a recuperar nuestro tono; volvemos—¡y con qué ilusión, queridos niños!—a sentirnos narradores de proezas sin superación posible; volvemos a poder cantar trovas de guerra dignas de vuestros oídos y que seguramente conmoverán vuestras enardecidas almitas... Voy a referiros en este capítulo de mi narración de las glorias de la reconquista de España uno de los pasajes más llenos de grandiosidad, más bizarros y audaces de la Santa Cruzada, más genuinamente españoles, porque en ellos se dibujó de nuevo aquel perfil guerrillero que tanta fama nos dió ante el mundo. Desde el 20 de julio del año 36 hasta el 2 de agosto, en que fué tomado Irún por un puñado no más de bravos soldados de Franco, todo

cuanto se hizo, y fué mucho y muy maravilloso, tuvo sabor de proeza legendaria. Aquella guerra de aquellos días memorables fué una guerra *a lo valiente*, jugándose la vida mirando la cara del enemigo a pocos metros de distancia, sin apoyos tácticos, casi sin artillería, ganando día por día y palmo a palmo el terreno, con unidades formadas de prisa y corriendo y casi siempre no más que con voluntarios; en fin, sin servicios auxiliares debidamente organizados, casi sin ranchos ni ambulancias ni trenes de municionamiento... Guerra de hombres valerosos, en la que forzosamente tenían que vencer, como vencieron, los nuestros, porque de cierto nunca los hubo más valientes en España que aquellos que en los primeros días del Alzamiento se dirigieron a cortar la frontera hispanofrancesa pasando el Bidasoa y arrebatando Irún por la línea fronteriza a los marxistas, que hubieron de refugiarse con toda vergüenza en la tierra francesa. Por aquellos días hubo industriales del país vecino que en Hendaya, en las colinas que bañan sus faldas en el río fronterizo, alquilaban puestos de observación, azoteas y torres, desde los que, con unos gemelos vulgares, y a veces sin necesidad de ellos, se podia presenciar el arrojo con que los soldados de Franco iban ganando trincheras y terrenos a los rojos. El espectáculo fué productivo, porque pronto se corrió la voz por el Midi francés, por las elegantes playas de la Costa de Oro y de la Costa Azul, de la existencia del dramático espectáculo de nuestra guerra civil y de la bizarra pug-

na establecida para cortar el paso al territorio francés, por el que los marxistas esperaban ver llegar diariamente—y algunas veces vieron llegar—el refuerzo de la chusma internacional. Y fueron muchos los espectadores del sensacional "film" vivido, fueron muchos los que olieron la pólvora, ensordecieron con el fragor de la batalla y vieron caer cubiertos de heridas a los combatientes, espectáculo atroz que luego, complacidos, relataban ante sus grupos de elegantes camaradas en los "Pannier Flueris" y en los restaurantes parisinos de los Bajos Pirineos; relatos que hacían con la misma tranquilidad con que podían hacer versiones de una nueva cinta de la Paramount y el nuevo melodrama del Gran Guignol.

Mola, sin descuidar el frente de Madrid, y después de haber lanzado sobre Logroño y Soria sus primeras unidades organizadas, al mando de García Escámez, comprendió que era urgente, vital, cortar la frontera y apoderarse, con Irún, del paso del puente internacional sobre el Bidasoa. Carecía de los elementos convenientes para tamaña, grave y difícil empresa; pero lo que faltaba a aquel hombre genial en armas, soldados y elementos propios para combatir a la moderna, le sobraba de optimismo ilusionado y de conciencia del entusiasmo que enardecía a las gentes todas que a su voz se alzaban en armas, ganosos de salvar a la Patria de la vergüenza y el oprobio marxista.

Y hacía bien en confiar en ese entusiasmo. Toda Navarra se había puesto en pie. La Junta Carlista

de Guerra de Navarra había movilizado sus Requetés y reunido los jefes de sus Tercios. Como un reguero de pólvora corrió entre aquel gentío, tan vinculado a las tradiciones de honor y bravura de la raza, la noticia de la llamada a las armas. No hubo aldea ni caserío que no diese sus hombres, todos sus hombres útiles. Familia hubo en Navarra que mandó al frente a tres generaciones del mismo apellido: el abuelo, el padre, el nieto; hogar donde los cinco hermanos, sin vacilar, se desplazaron a Pamplona, a Estella, a Tafalla, para empuñar el fusil. Las planas de la Ribera, los montes del Roncal, eran como una floración de boinas rojas. Comenzaba por aquellos días la recolección, los brazos eran imprescindibles; pero los navarricos no vacilaron un momento. Y cuando ya habían salido con Escámez las primeras unidades de Requetés y se recibieran nuevas órdenes de movilización para integrar las columnas que habían de operar en el frente guipuzcoano y navarro fronterizo a Francia, aún encontró Navarra nuevos recursos en sus hijos, y empezaron a llegar hasta el pie de los autobuses que recorrían los pueblos los viejos y los mozalbetes en los que aún no apuntaba el bozo. Era unánime el fervor patriótico, y no hubo familia donde no se pronunciase como una santa consigna la bendición del cabeza de familia, entre frases llenas del más alto sentido de sacrificio honroso: "Hijos, no seré yo quien se oponga a vuestro legítimo deseo. Dios y la Patria os necesitan; a ellos debéis, más que a mí, la vida; id a

ofrecérsela. Poned sobre vuestras cabezas la boina roja que honraron vuestros antepasados. Mucho os necesito y mucho os quiero, pero antes que todo os pido y exijo que no olvidéis que el llevar esa boina obliga a mucho, y que antes prefiero que me la devuelvan cubierta con los manchones de vuestra sangre que me la entreguen llena del polvo del camino en el que, faltando a vuestro deber, pudieseis perderla. Os lloraremos muertos, pero no quisiéramos tener que bajar los ojos para llorar vuestra cobardía. Que os bendiga Dios, como yo os bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Y después, tras de rezar por última vez en familia el Santo Rosario, los navarricos salían de sus lugarejos, de sus caseríos, cantando el "Oriamendi", alegres como si fuesen a una romería, cuando los más de ellos caminaban con paso firme a la muerte, que de aquellas primeras levas de julio del 36 lanzadas por Navarra al combate cayeron para nunca más volver a levantarse hasta el setenta y seis por ciento de los que en plena mocedad y con alegría infinita para la Santa Cruzada de la tierra santa navarrica habían salido.

II

En los planes del Alzamiento ideados por Mola figuraba en primer lugar, y como objetivo de los primeros momentos, el lanzar patrullas de sus fuerzas

hacia el Norte, con el triple fin de cortar la frontera con Francia por el Bidasoa, acudir a asegurar la posesión de San Sebastián y, ya con estos baluartes. emprender el socorro de los leales que en Bilbao secundarían el Movimiento. Desgraciadamente, los cálculos salieron fallidos en un todo, porque nadie contaba, cuando se calculaba la fuerza y densidad del enemigo, con que los nacionalistas vascos habrían de sumarse a las hordas marxistas; antes al contrario, se presumía que aquellas gentes, por la reciedumbre de sus creencias religiosas, y en última instancia porque entre los nacionalistas vascos se contaban personas acomodadas, capitalistas y burgueses, mineros, banqueros, navieros, fabricantes de alto porte, comerciantes y hombres de negocios que mal podía suponerse pudieran ver con buenos ojos una revolución de tipo marxista encaminada a derrotar al capitalismo y a repartirse las riquezas de las clases acomodadas. Incluso por el hecho mismo de estar reciente la concesión del Estatuto vasco, traición lograda por el Gobierno y el Parlamento republicanos, era lógico suponer que los nacionalistas, cuando no se decidieran a unirse a los que defendíamos la Santa Religión, a más de la sociedad burguesa, al menos se mantendrían neutrales en la contienda. Lejos de ser así, desde los primeros días, y atacados por una rama de locura, los jefes del nacionalismo vasco, los Aguirre, Irujo, Sota, Arabzibia, etc., etcétera, cursaron la consigna de alzar sus huestes y banderas contra los militares, sospechando que és-

tos, una vez triunfantes, no pasarían por soportar fueros y concesiones atentatorias de la unidad de España, y que, en cambio, previo pacto vergonzoso concertado con los marxistas y republicanos, éstos no sólo ratificarían el célebre Estatuto, sino que incluso pondrían en marcha el proyecto de la República Federal Española, en la que Vizcaya entraría a título de igual que las otras regiones, catalana, castellana, valenciana, gallega y andaluza, rifa de minúsculos Estados que Rusia admitía como situación transitoria para facilitar el advenimiento definitivo del régimen de Soviets, es decir, de Repúblicas socialistas en sociedad. Para aquellos insensatos, lo esencial era destruir la fortaleza de la Patria española como unidad, y todo lo demás era lo de menos, incluso algo tan importante como el proclamado ateísmo de la República y la ruina de España a título del reparto de la propiedad, lazo de unión de todas las ramas del marxismo.

Por ello, ni San Sebastián y su provincia fué nuestro, ni fué posible acudir con la oportunidad precisa en ayuda de Bilbao, y en una y otra provincia los marxistas encontraron fácil su triunfo, porque a él cooperaron criminalmente los elementos nacionalistas y no hay que decir que los separatistas descarados.

Aun así, el plan de Mola empezó a ejecutarse, y al efecto se intentó—como veréis en el capítulo dedicado a la conquista de Guipúzcoa—el socorro a San Sebastián, empezando por lanzar contingentes

minúsculos hacia el frente tolosano y hacia Oyarzun, mientras que otros guerrilleros formados de prisa y corriendo con guardias civiles y voluntarios de Requetés y la Falange navarra se encaminaron al curso del Bidasoa para ver de adueñarse de la frontera desde Vera hasta Irún.

No estaba Mola en Navarra por entonces. Ya hemos dicho que apenas pudo organizar la columna García Escámez, que con toda rapidez lanzó al frente del Guadarrama, tras de haber asegurado para nuestra Causa la Rioja y el campo de Burgos, el general Mola salió para Zaragoza, y de allí para Burgos, donde se formó la Junta Central de Defensa, y luego para Valladolid, atento a vigilar la situación, nada clara, que desde los primeros días se planteó desde el Alto del León hasta Somosierra. Por estas razones, la organización de aquellas columnas que habían de combatir en el Norte corrió a cargo del coronel Beorlegui, quien no tardó en verse secundado por un puñado de brillantes jefes del Ejército de lealtad probadísima, como fueron Cayuela, Los Arcos, Ortiz de Zárate, Galvis, Latorre, a los que pocos días después se unieron Solchaga—éste, para tomar el mando de aquellas fuerzas de las que luego habían de salir las famosas brigadas de Navarra—. García Valiño—el formidable comandante entonces, hoy general, que en un alarde de su españolismo acendrado se había fugado de Deva en unión del comandante de Estado Mayor Troncoso, y atravesando aquel ingente dédalo de montañas, burlando

la vigilancia roja y consiguiendo llegar, al cabo de cuatro durísimas jornadas, a nuestras líneas, para incorporarse como jefe de vanguardia a la columna Beorlegui—, Irureta Goyena y algunos otros. Con este núcleo de verdaderos expertos en el arte de la guerra y con unos cientos de voluntarios no más se emprendió aquella singular proeza de cubrir el objetivo táctico y político de cortar a los rojos su contacto, tan justamente temido y tan incómodo para nosotros, con la vecina República.

III

He escrito singular proeza, y no me arrepiento de ello; sólo a un puñado de héroes, y hasta se podría decir que de locos, cabía confiar tarea tan difícil y trascendental como era la de situarnos a la vista inmediata de los franceses, que en aquellos días daban por totalmente fracasado el Alzamiento y que, de no haberse logrado por nosotros el objetivo esencial propuesto, hubieran informado hiperbólicamente al mundo sobre nuestra debilidad bélica y el poderío del "Ejército del pueblo", con lo que aún nos habría hecho tal propaganda mucho más daño del que desde luego y en todo tiempo nos hizo la simpatía pública del Frente Popular francés para con nuestros enemigos.

Pues bien, ¿sabéis, queridos niños, con qué fuerzas y elementos inició el coronel don Alfonso Beor-

legui Canet su marcha hacia el norte navarro, hacia el Cantábrico y la frontera francesa?... Pues con apenas trescientos hombres, tan mal municionados como pertrechados, casi ayunos de educación militar, sin enlaces, reservas ni centros de aprovisionamiento, sin artillería y casi sin armas automáticas. Y si ésta era la columna central, la más fuerte y poderosa, excusado es que subraye con qué contarían las otras dos columnas auxiliares que habían de operar por los flancos derecho e izquierdo de Beorlegui, esto es, sobre Tolosa y sobre Lesaca, Vera y el Bidasoa. La primera de estas columnas la mandaba Latorre, reforzado por Cayuela; la de la izquierda la mandaba Ortiz de Zárate, seguido por Los Arcos. Todos ellos, en las primeras jornadas, tuvieron que repostarse en Pamplona, y hasta Pamplona tenían que hacer la evacuación de sus heridos, conducidos en mulos con artolas, como tenían que recibir víveres y municiones en convoyes que a través de la cordillera que separa las provincias de Navarra y Guipúzcoa tenían que utilizar rústicas carretas tiradas por bueyes, o simplemente los pequeños borriquillos del país, que conducían hombres poco probados en su afecto por la Causa y en general nada propicios a jugarse la vida por llevar a los combatientes unas cajas de cartuchos o unas cántaras de vino, sin contar con que muchos de ellos eran nacionalistas, y hasta algunos marxistas, y que, por ende, ponían escaso fervor en la misión esencial que se les confiaba.

Pero lo que faltaba de medios materiales sobraba

de ánimo y coraje a los soldados de Beorlegui, y así, en un decir Jesús aquellos bravos, escalando montes y atravesando gargantas, se plantaron en los montes de Oyarzun, donde fueron recibidos a tiros por los rojos enviados de San Sebastián, a base de los furibundos mineros y de los obreros del barrio de Trincherpe, que, a pesar de su jactancia, desde los primeros encuentros salieron huyendo, para no parar hasta la Alameda de la Bella Easo, donde asustaron no poco a sus camaradas relatando con hipérbole la furia de los nacionales y el poderío de la columna con la que "habían luchado valerosamente"... ¡Lo que no dijeron fué que los nuestros apenas eran ciento cincuenta y que los más de ellos iban armados con pistolas y escopetas de caza!

El primer encuentro fué el día 20, y los nuestros eran dos compañías de Requetés, unos treinta falangistas voluntarios y unos pocos carabineros que no llegaban a las veintena. Cayuela, por su parte, contaba en su columna con estos "numerosos" contingentes: cuarenta requetés, treinta falangistas y otros tantos soldados de los Regimientos de América y Sicilia que no habían llegado a tiempo para formar en la columna de García Escámez, lanzada sobre el frente de Madrid. Situados en Oyarzun, se intentó el día 21 rebasar el paso de Endarlaza, tras de ocupar el pueblo de Vera, que quedó convertido en cuartel general, como Lesaca, que pasó a ser centro de operaciones y abastecimientos de todo el frente. Los iruneses, por este lado, como los de San Sebastián

por el suyo, al ver llegar a los nuestros apelaron a la clásica fuga, mas no sin antes volar el único puente de paso sobre el Bidasoa, con lo que resultó imposible a Beorlegui lograr su buscado objetivo de situarse al otro lado de este río, y hubo de retroceder hasta Vera, tregua que los marxistas aprovecharon en el sector del Bidasoa para fortificarse reciamente, en previsión de nuestro seguro intento de alcanzar el dominio del famoso río fronterizo.

Por suerte, tampoco nosotros perdimos el tiempo, y como constantemente, de Pamplona, enviaban los nuevos contingentes de voluntarios, que se presentaban con el empeño de salir en seguida para el frente, se pudieron formar las columnas de Los Arcos, de Becerra y de Tutor, con las que quedó todo el frente reforzado, cortado el camino de Pamplona a Tolosa por Betelu y el de San Sebastián por Berastegui, mientras que Beorlegui se instalaba en Oyarzun, aunque sin meterse en el pueblo, ya muy batido por el fuego de los cañones de Guadalupe y San Marcial. Para no perder contacto con el enemigo, Beorlegui ordena a Ortiz de Zárate que se instale en el monte Zabaldi, encima de Oyarzun, y allí aguante hasta nueva orden. Ortiz de Zárate, con apenas cien hombres, cumple la orden, y día y noche sostiene fuego, hasta que ve agotarse sus escasas municiones, y las reclama con urgencia. Beorlegui le atiende, y quitándoselas a las compañías de las otras columnas, consigue enviar a Ortiz de Zárate una veintena de cajas de cartuchos, que los soldados admi-

nistran con verdadera usura. De un parte oficial puesto a Mola por Beorlegui el día 25 de julio se puede extraer la síntesis elocuente de cuál era nuestra situación por aquel duro frente y en aquellos días. El parte decía: "Necesito urgente artillería y municiones. Sólo dispongo de aproxidamente un centenar de cajas para todas estas fuerzas de mi mando." Con deciros, queridos niños, que un centenar de cajas de cartuchos las consume una compañía en seis horas de fuego algo nutrido os daréis cuenta del agobio por que pasaban aquellos valerosos jefes, que, diseminados en un frente no inferior a los sesenta kilómetros, tenían que atender a municionar constantemente a unos tres mil hombres, suma a la que ya se elevaban en los últimos días de julio los soldados de Franco destacados por el lindero fronterizo navarroguipuzcoano.

Mola atendió el angustioso requerimiento de Beorlegui, y sacando sus últimos recursos, envió a este jefe dos compañías del regimiento de América, al mando del capitán Tejero, más cinco ametralladoras y dos piezas artilleras del 10,5, que fueron inmediata y prodigiosamente bien emplazadas y comenzaron a dar respuesta a la artillería roja y a batir con precisión los atrincheramientos de los rojos, que al sentir zumbar sobre sus cabezas los primeros disparos salieron de sus zanjas y dejaron libre el paso a Oyarzun, al mismo tiempo que Ortiz de Zárate se lanzaba sobre el monte Achurlegui y el capitán Ureta se fué al asalto nada menos que de Rentería, don-

de, si bien no pudo entrar, porque los rojos se habían parapetado fuertemente en las conocidas fábricas de papel, logró el no despreciable éxito de cortar las comunicaciones directas entre San Sebastián e Irún. Sin embargo, a los pocos días, de nuevo Beorlegui daba orden de evacuar Oyarzun pueblo, por la cantidad de bajas que le causaban las baterías marxistas, y colocó sus tropas al resguardo de los montes, en espera de poder reorganizar debidamente sus unidades para dar la batalla de Irún, que ya ni el más optimista podía calcular fuese empeño de fácil consecución.

Mientras por el centro y flanco derecho de nuestro frente, es decir, de San Sebastián-Irún, se descansaba bajo el fuego de los cañones rojos, sobre todo los del fuerte de Erlaitz y los de San Marcos, Choritoquieta y Pagogana, las columnas del flanco izquierdo, las que operaban sobre Tolosa, recrudecían su acción, y... Pero no adelantemos los acontecimientos, y ya que en este fascículo de nuestra narración tenemos por tema el muy esencial de la conquista de Irún, dejemos para su lugar oportuno, que será el del avance sobre San Sebastián.

IV

La reorganización de las fuerzas de Oyarzun y del Bidasoa requirió más tiempo del que se había supuesto, sobre todo habida cuenta de que diariamen-

te el enemigo evidenciaba su fortaleza y la acumulación de elementos combativos que estaban realizando para ver de oponerse a nustro objetivo de cortar la frontera con Francia. En aquellos días, que parecían tranquilos porque, detenido nuestro avance, los rojos se limitaban a hostilizarnos continuamente en nuestras posiciones, se pasaban, sin embargo, angustias constantes, que daban margen a la realización de hechos verdaderamente heroicos. Cualquiera que conozca la configuración del terreno en la junta de las provincias de Navarra y Guipúzcoa fácilmente se percatará de hasta qué punto tenía que resultar comprometido y dificultoso el paso de los convoyes que forzosamente habían de llevarse desde la retaguardia a la primera línea.

Ocupaban los marxistas y los separatistas posiciones tácticas de primer orden, desde las que batían con toda impunidad los caminos que forzosamente tenían que recorrer los nuestros para ir, gota a gota, llevando todo el caudal de elementos que era indispensable poner en manos de las vanguardias. La puntería de los artilleros rojos de Erlaitz había terminado por afinarse, hasta el extremo de tener virtualmente cortada la carretera de Oyarzun en distintos puntos, cuyo traspaso equivalía a una sangría cierta, porque diariamente eran muchos los que tenían que derramar su sangre para cumplir su cometido. El enderezar los pasos de estos convoyes a lo más desenfilado a través de los montes, el evitar que se rompiese la línea de bueyes tirando de carretas,

y de borriquillos cargados con exceso, conducidos por hombres de escaso espíritu militar, no era, de cierto, cuestión baladí.

El capitán Pelegrí—que durante toda la campaña de Guipúzcoa se distinguió por su extraordinaria inteligencia y coraje, hasta que cayó el día de la toma de Behovia, con el pecho atravesado de un balazo—pasaba "las de Caín", como vulgarmente suele decirse, para evitar la rotura del convoy y hasta la desbandada de los que lo componían, sobre todo en las proximidades de las Peñas de Haya, altura ingente, a todas luces inexpugnable, que estaba en poder de los rojos, sin duda porque los separatistas vascos no habían olvidado que de aquel nido de águilas hizo con frecuencia el cura Santa Cruz, el formidable guerrillero, su más seguro refugio.

Los rojos habían tendido una línea de atrincheramiento que sin interrupción pasaba desde Pagogaña hasta el fuerte Erlaitz, para luego pasar, por las cumbres de los montes, hasta el desfiladero de Endarlaza, donde habían realizado la voladura del puente.

Se hizo indispensable ir arrebatando, jornada tras jornada, aquellas posiciones, desde donde se nos hacía un fuego terrible y se imposibilitaba el avituallamiento de nuestras líneas de vanguardia. Y así, como primera posición, se tomó el monte de la Copa, después Arichulegui y por último las Peñas de Hava. Diariamente nuestras guerrillas, pertenecientes todas ellas a la columna del bizarro comandante Galvis,

iban mordiendo el frente enemigo, arrebatándole hoy un puesto, mañana un caserío y al otro un trincherón. Afortunadamente, aquellas guerrillas nuestras estaban formadas por hombres acostumbrados a andar por las montañas, incluso con las frágiles alpargatas, que entonces constituían el exclusivo calzado de nuestros voluntarios. Los mocetones de Elizondo, de Irurita o de Ustarroz no les tenían miedo a los guijos ni se les encogía el ánimo ante la necesidad de escalar alturas propias para el alpinismo. Al mismo tiempo, en el transcurso de dos días, se habían ido sumando a nuestro lado unos cuantos guardias de Asalto concertados para formar una guerrilla de avanzada y otros individuos de la Benemérita que como soldados veteranos acudían a remediar con su espíritu de disciplina y su técnica militar las deficiencias de los valerosos voluntarios, quienes desconocían casi por completo el arte de aprovechar el terreno, de ahorrar municiones y de buscar el punto débil al adversario.

Los citados guardias de Asalto, en un ataque por sorpresa, se situaron en la ermita de San Antón y en la cumbre de Arichulegui, y allí resistieron, casi totalmente aislados, durante varios días, consiguiendo alejar el peligro que representaba para los convoyes el paso por el fondo de los regatos para buscar el camino de Oyarzun.

Pero el hecho más singular y altamente glorioso de aquellas acciones, que parecían no tener importancia y, sin embargo, llenaban la trascendental mi-

sión de asegurar nuestro enlace con la retaguardia, fué el de la toma de las Peñas de Haya, realizada el 11 de agosto por una columna compuesta de no más que cincuenta voluntarios al mando del teniente Hermosilla, bravo entre los bravos y de una serenidad realmente asombrosa.

Desde las Peñas de Haya se divisa el espléndido panorama. Cumbre la más destacada de toda aquella removida región montañosa, desde su viso se ofrese un ancho brazo de mar, el que va de Fuenterrabía a San Sebastián. Irún, Oyarzun, Rentería y todos los innúmeros caseríos de aquel paraje abren sus bellas perspectivas en los días claros, ofreciendo un mosaico de espléndida gama de verdores y blancuras. En el terreno militar, las Peñas de Haya son posiciones llaves del terreno, y desde ellas, el corte de carretera y vía férrea es cosa fácil; tan lo fué, que a partir de su posesión hubieron los rojos de deslizar sus comunicaciones fuera de la carretera general, buscando la llegada a San Sebastián en la desviación de la nueva carretera de Lezo, y el "topo" que une la capital con la estación fronteriza de Irún suspendió totalmente el servicio.

El teniente Hermosilla, con veinticinco requetés y otros tantos falangistas, emprendió el durísimo acceso en plena noche obscura, partiendo de Arichulegui. No había hecho la pequeña columna sino iniciar su marcha silenciosamente, cuando empezó a caer una lluvia fina, pero tenaz, que en breves minutos añadió a las dificultades propias de la dura ascen-

sión, lo resbaladizo del terreno, que a media ladera perdía toda vegetación y ofrecía ya la recia dureza de la roca. Pero aquella lluvia no fué, en último extremo, sino una ayuda providencial. Los rojos, dando una nueva prueba de su falta de disciplina y espíritu combativo, habían abandonado sus puestos en el parapeto; las avanzadillas se habían replegado, y estaban tranquilamente en el interior caliente de los caseríos derramados por la vertiente, y los centinelas mismos de la posición, por resguardarse bien con sus mantas, desatendieron el oteo vigilante del campo, con todo lo cual, aquel medio centenar de bravos muchachos se pusieron, sin disparar un solo tiro, al ras mismo de las alambradas. Ordenó el teniente Hermosilla a sus muchachos preparar las bombas de mano, mientras que disponía adecuadamente a los que, provistos de tijeras, habían de cortar la alambrada, y a una voz suya cayeron sobre el parapeto rojo una veintena de bombas Laffite, que con su estruendo y el fulgor de sus explosiones, que alumbraron la negrura de la noche, llevaron un incontenible pánico a la compañía que, al mando de un oficial de la reserva francés, tenía a su cargo la defensa de la codiciada y confiada posición cumbre de aquel frente. La confusión fué tan espantosa, que muchos de los empavorecidos rojillos, al buscar salida de la posición, no encontraron mejor camino que el que conducía precisamente a nuestra línea de avance, con lo que más de una veintena de ellos quedaron hechos prisioneros, como quedó en nuestro poder casi todo

el armamento, las municiones, las provisiones y hasta un pequeño cañón de montaña, que fué la gran alegría de los victoriosos asaltantes, por el buen servicio que imaginaban iba a prestarles en sus futuras correrías, que en aquella jornada habían rendido a la Patria tan estimable y altísimo servicio.

V

En el transcurso de estos días, los rojos—ya dueños de San Sebastián por haberse rendido el cuartel de Loyola—se sentían seguros de la victoria. Habían llegado, además, a sus líneas grandes refuerzos en hombres y municiones, procedentes de Vizcaya y de Asturias. Poseían ya asimismo gran lujo de pertrechos de guerra, incluso aviación, y, desde luego, habían puesto en juego todas las baterías de la plaza de San Sebastián y del campo fronterizo de Irún, desde el frente Guadalupe a San Marcial. Por nuestro lado, si bien se recibían refuerzos y acudían varias baterías incompletas para apoyar a nuestros infantes, las unidades tenían que distribuirse a lo largo del extensísimo frente, y así, las columnas de avance no aumentaban suficientemente su densidad y potencia, pues los trescientos voluntarios que las integraban en los últimos días de julio pasaron a ser a mediados de agosto no más que quinientos. Con todo y con ello, continuó aquel puñado de valientes realizando progresiones considerables hacia la fron-

tera y hacia Irún, si bien no logrando cortar la frontera a causa de la voladura del puente de Endarlaza, que era base de la comunicación entre Irún y Pamplona. Aquel conflicto se resolvió aprovechando el trazado del ferrocarril de vía estrecha del valle del Baztán, para convertirlo en una pista, por el cual, mal que bien, empezaron a realizarse los transportes rodados de artillería y municiones y las evacuaciones de heridos.

El día 14 de agosto se marcó por un avance de verdadera consideración. El coronel Latorre, que tres días antes había conseguido ocupar por sorpresa la posición llamada Picoqueta, de alto valor táctico, y apoyándose asimismo en nuestra base de partida, defendida ya con la posición de las Peñas de Haya, inició un movimiento a fondo para vencer la resistencia enemiga de los montes de Pagogaña y la colina y fuerte de Erlaitz. Comenzó la operación, afortunadamente para nosotros, sin que el enemigo se diese cuenta de nuestra maniobra, porque la niebla —en aquella verdadera "cazuela" por donde se movían nuestros bravos para acercarse a las montañas— los ocultaba por completo, y así, hasta bien entrada la mañana pudo avanzar el medio millar de hombres que sumaban los asaltantes, mandados por Ortiz de Zárate y Beorlegui, casi sin bajas. De improviso se dió la orden de asaltar conjuntamente las dos cumbres, y en un esfuerzo inconcebible, poniendo en el empeño todo el corazón, rebasaron la primera línea de atrincheramientos y se situaron en pocos mi-

nutos a tan corta distancia de las trincheras enemigas, que pudieron poner en juego los mortíferos efectos de las bombas de mano. En aquel ataque se cubrieron de gloria absolutamente todos los que luchaban, incluyendo al propio teniente coronel Ortiz de Zárate, que cuando se encontraba arengando a los asaltantes recibió dos tiros de fusil, que le ocasionaron tan graves heridas, que al día siguiente dejó de existir. Ortiz de Zárate, legionario de toda su vida, en aquella célebre jornada fué, una vez más, legionario. Sabía que sólo a fuerza de inflamar el ardor combativo de sus escasas tropas podía ser posible conseguir el objetivo que se le había marcado; sabía que una vez puestos sus soldados en la escalada del monte, de no coronar en el primer empujón la cresta del mismo, su columna estaba irremediablemente perdida, porque una vez que el enemigo observase en sus líneas la menor vacilación, bien provistos como estaban de armas automáticas, ni uno solo de sus hombres podría alcanzar con vida la base de partida, ya que el terreno, pelado y sin abrigo, no podía proteger de manera alguna la retirada de sus muchachos. Por ello, estudiando "en legionario" la situación, puso en el triunfo su coraje y toda su pericia, y dando gritos de "¡Viva España!", avanzó, acompañando a las mismas guerrillas de asalto. Al recibir el primer balazo, Ortiz de Zárate pidió a sus ayudantes que le sostuviesen, pero que "de ninguna manera le retirasen del campo, para que los soldados no advirtiesen su herida", y de esta forma si-

guió en pie unos minutos más, procurando avanzar al mismo ritmo que lo hacían sus granaderos. El fuego que desde las trincheras hacía el enemigo era de una densidad inaudita, y sólo pegándose materialmente al terreno podían en cierto modo burlarse sus efectos mortíferos. Pero la herida de Ortiz de Zárate le impedía en absoluto permanecer echado boca abajo y contra el suelo, porque los pulmones se le encharcaban de sangre y se asfixiaba. Viéndolo aquel valeroso jefe, que comprendía la gravedad de su estado, decidió realizar inmediatamente el esfuerzo final, y poniéndose una vez más en pie levantó los brazos y dió un gran grito que decía: "¡Muchachos! ¡Por España, y a ellos!" No había terminado de pronunciar estas palabras, y una nueva bala le perforaba el pecho, haciéndole caer exánime sobre el suelo. El teniente coronel Ortiz de Zárate ya casi no recuperó sus sentidos; murió en espantosa agonía de muchas horas, ¡pero el objetivo estaba logrado y su sangre generosa no se había derramado estérilmente, porque en las alturas de Erlaitz y de Pagogaña fulguraba la luz hermosa de los colores rojo y gualda!

Todavía se marcaron aquellos días con otro triunfo del mismo tipo heroico, de la misma audaz envergadura, cual fué la ocupación de Endarlaza.

Antes del amanecer del día 15, el comandante Galvis dió el mando del equipo de vanguardia para el asalto al bizarro capitán de la Guardia Civil don Joaquín Pelegrí Pérez, quien, con su compañía de voluntarios, integrada por falangistas y requetés, mi-

tad por mitad, y con media sección de ametralladoras al mando del teniente García Hermosilla, y otra de fusiles que acaudillaba el oficial Carlos González Molina, empezó a ser hostilizada por el enemigo con tiros de fusil; pero habiendo conseguido los nuestros emplazar certerísimamente nuestras dos ametralladoras, pronto se neutralizó el fuego de los rojos, y disminuyó hasta el punto de poder iniciar la progresión hacia el objetivo final, que quedó por fin, después de once horas de fuego, en poder de los nuestros, coincidiendo en la toma de Endarlaza fuerzas del capitán Valenzuela, que se encontraba coronando los montes que rodean al pueblo de Vera, y ante la presencia del tren blindado que los rojos enviaban desde Irún para oponerse a nuestro avance, descendieron, y en hábil maniobra consiguieron envolver los caseríos y contribuir a poner en fuga a los enemigos, que tanta prisa se dieron en abandonar sus formidables posiciones, que se dejaron, por primera vez en la guerra, como botín, un cañón, ocho fusiles y gran cantidad de granadas de mano, municiones, una estación emisora de ruedas de campaña y el automóvil del jefe que los mandaba, que, por cierto, no era español, sino belga, y conocido por el nombre de Berard.

Las proezas anotadas de los días 14 y 15 no se hicieron, sin embargo, a poco coste. Aquellos cinco centenares de hombres que se lanzaron con ímpetu sin igual a la conquista de las preciadas posiciones, magníficamente fortificadas por los rojos, pagaron

larga contribución de sangre. Cerca de cien bajas tuvieron los asaltantes de Erlaitz y Pagogaña. Más de cincuenta, los que ocuparon Endarlaza. Pero el objetivo estaba logrado, y la línea se había trasladado adelante para establecer ya directamente el cerco de las dos llaves esenciales de Irún y la frontera francesa, el famoso cerro y fuerte de San Marcial y el pueblo y puente internacional de Behovia. Pero con las bajas sufridas no había más remedio que dar nuevo descanso a nuestras fuerzas y acudir a reforzar diariamente las líneas, para emprender la última fase de la operación proyectada. Por cierto, durante aquel interregno de una semana se había conseguido acortar en mucho la extensión del frente, y, por lo tanto, se disponía de unidades de refresco. Y por cierto también, el Ejército nacional del Sur había logrado, después de los triunfos de Mérida, establecer contacto con el del Centro y el Norte, y Franco, siempre estratega, envió apresuradamente a Navarra la segunda Bandera de la Legión, dos nuevas compañías del regimiento de América, la cuarta compañía, recientemente formada, del Tercio de Montejurra y otra compañía del Tercio de Lacar, a más de empezar nuestra aviación a prestar sus servicios diariamente batiendo las posiciones artilleras de San Marcial y de Guadalupe y aterrorizando a los frentepopulistas de Irún.

Por último, en el mar hicieron su primer acto de presencia el "Almirante Cervera" y el destructor "Velasco", que batieron con suma eficacia las poderosas

baterías del fuerte Guadalupe y las laderas de Fuenterrabía, desmontando muchas de las piezas y sometiéndolas en general a completo silencio. En cambio, nuestras nuevas posiciones artilleras de Erlaitz y Pagogaña nos resultaban casi por completo inútiles, por el temor de que sus disparos pudieran alargarse hasta la inmediata tierra francesa y con ello dar pretexto para que nuestros "amigos" del país vecino se querellasen y nos buscasen alguna complicación de carácter internacional, que por aquellos días a todo trance era necesario evitar.

La aviación enemiga no perdonaba la ida por la venida, y nuestras líneas recibían la metralla tres y cuatro veces por día. En cambio, nosotros teníamos a nuestro favor los tiros precisos del "España" y el "Cervera", que batían con eficacia los fuertes rojos, y las incursiones valerosas de cuatro aparatos nacionales, que castigaban y aterrorizaban a los habitantes de Irún y a los parapetados de San Marcial. El mando rojo, percatado de cómo era ya inexcusable entablar una verdadera batalla para contener nuestro avance, bien marcado, hacia la frontera, vivía prevenido, y a cada hora se multiplicaban las fortificaciones en la línea de contacto, para conseguir lo cual, las gentes de derechas de Irún y Fuenterrabía eran llevadas a la línea de fuego y obligadas a trabajar en la construcción de trincheras y parapetos.

Todo ello era lo lógico, lo natural. La posesión de San Marcial tenía que preocupar tanto a ellos como a nosotros. Este lugar histórico ha venido siendo,

en el transcurso de los tiempos, codiciado como posición de alto valor estratégico.

El alto de San Marcial, enclavado en las proximidades de Irún, fué teatro, en el año 1522, de la sangrienta pugna mantenida por las fuerzas del capitán don Lope de Irigoyen contra los soldados de Francisco I de Francia. Como aquella acción, en la que triunfaron rotundamente los bravos guipuzcoanos, tuviera lugar el 30 de junio, día en que la Iglesia conmemora la festividad de San Marcial, don Beltrán de la Cueva hizo erigir una ermita bajo la advocación de tal santo, cambiándose el nombre de aquel lugar—que antes era conocido por cerro o monte Aldave—por el de San Marcial. Desde aquellos tiempos venía celebrándose sin interrupción una romería y "alarde" que rememoraba la gran victoria obtenida por los soldados de Irigoyen. Posteriormente, en la guerra de la Indepedencia, Napoleón lanzó las divisiones del general Freire—18.000 soldados bien equipados y mandados—, a los que nuestros bravos granaderos pusieron en franca derrota el 31 de julio de 1813. De nuevo, y en el mismo sitio, por la conquista del fuerte y monte de San Marcial se libró batalla entre carlistas e isabelinos en 1874. Los liberales, mandados por Laserna, derrotaron en San Marcial a los carlistas, que seguían a Francisco Alemany. En todas estas ocasiones, los que resultaron vencidos hubieron de ceder Irún y buscar refugio, a través del Bidasoa, en tierra francesa. Igual porvenir

se les ofrecía a los rojos, y como no lo ignoraban, se aprestaron finalmente a combatir y, calculaban optimistamente, a triunfar.

VI

Así las cosas, el día 26 recibe Beorlegui la orden de ataque general contra Irún. Los quinientos legionarios de la segunda Bandera, mandada por el comandante Carbonell, algunas compañías de falangistas y parte de los Tercios de Navarra, de Lacar y Montejurra, inician la maniobra de avance apenas empieza a clarear el día, dirigiéndose a los primeros objetivos que se habían marcado a las distintas columnas, y que eran: el pueblo de Behovia, a la derecha; San Marcial, en el centro, y las llamadas Ventas de Irún, a la izquierda, estas últimas situadas sobre la carretera, en el camino de San Sebastián. No habían hecho los nuestros más que iniciar su avance, cuando pronto recibieron pruebas elocuentes de lo prevenido y numeroso del enemigo, a quien pretendíamos desalojar de posiciones tácticas de primer orden y formidablemente defendidas con una línea de atrincheramientos casi continua desde la frontera hasta la altura de Erlaitz y con líneas de alambradas defensivas de tres y cuatro hilos. A pesar de ello, el avance no se detuvo, si bien fué lento y muy señalado por las bajas que iban cayendo a causa de las armas automáticas, que con verdadera profusión se acusaban en las trincheras rojas. El avance de la

izquierda, aunque con menos enemigo, resultó desarticulado, y los legionarios, poco acostumbrados a aquel terreno, no consiguieron llegar a las Ventas de Irún. Por el ala derecha, el comandante Galvis, apoyado por ocho carros blindados, salió de Endarlaza camino del pueblo de Behovia, pero en una revuelta de la carretera fué detenido en seco por la artillería roja y por varias pasadas afortunadas que hicieron cuatro aparatos marxistas, que por cierto surgieron directamente del cielo francés. Por el centro, los infantes del regimiento de América, la 43 compañía de Montejurra y otra del Tercio de Lacar pudieron progresar algo, desalojando al enemigo de la casa del Francés y adelantando su línea en toda la zona de la carretera, que habían volado los enemigos, hasta llegar a la casa de Pinta, justo en el recodo de la carretera y ya a menos de un kilómetro de las cuatro posiciones centrales que rodeaban a San Marcial.

No dió más de sí aquel día, que causó algún desaliento entre los nuestros, porque, acostumbrados como estaban a largos avances, profundos y con escasas bajas, cuando sólo eran menos de un millar los que se reunían para los ataques, no sabían comprender el papel de los débiles resultados obtenidos cuando las fuerzas de avance se habían no menos que triplicado y se contaba ya con un eficaz apoyo artillero. Además, apenas iniciada la maniobra se hizo general la dolorosa impresión de que la jornada había resultado muy costosa en sangre. ¿Qué había ocurrido?... Había ocurrido que el enemigo, man-

dado por oficiales extranjeros—cuya presencia fué confirmada porque se logró hacer dos prisioneros y se recogieron tres cadáveres, dos franceses y un belga—, habían sabido aprovechar su ventajosa posición en el terreno de la lucha, y alentado por ello, hizo un fuego tan constante como terrible, y llegó a emplear hasta la dinamita para cortar nuestro avance (desde luego, hubo verdadera profusión en el empleo de la mortífera bala antihumanitaria "dundun"). Parte del fracaso de aquel ataque general se debió, sin duda alguna, a la orden que se había dado a nuestras baterías de evitar, "fuese como fuese", que ningún proyectil nuestro pudiese caer en tierra francesa.

Al siguiente día se volvió a reanudar el ataque, también sin preparación artillera, y a fuerza de coraje y de ponerse en vanguardia los hombres más acreditados por su valor y pericia se pudo traspasar la primera línea de trincheras, cortándose las alambradas a fuerza de hachazos y llegando hasta la segunda línea, donde hubieron de detenerse nuestros corajudos muchachos porque recibían un fuego terrible de ametralladora por el frente y por los flancos. Las bajas fueron muy numerosas y muy sensibles, y el descorazonamiento, que ya se había iniciado en la anterior jornada, se hizo más intenso.

Por suerte, al día siguiente los rojos cometieron una singular torpeza, porque, envanecidos al ver que habían conseguido detener nuestro impetuoso ataque, se lanzaron a una contraofensiva a todo lujo,

con la esperanza de arrollarnos, romper nuestras líneas y lanzarnos más allá, incluso, de nuestras bases de partida. Pero se encontraron con que aquellos muchachos nuestros, cubiertos de polvo y sangre, rotos los nervios por las dos duras jornadas que habían tenido que sufrir y llenos de pena por la pérdida de muy queridos bizarros compañeros, al sentirse atacados reaccionaron como verdaderos leones y dieron una paliza tan enorme a los rojos audaces, que, terminada la intentona de éstos con su retirada, nosotros recogimos al borde mismo de nuestras trincheras defensivas (que eran las que los días antes habían ocupado los rojos) más de trescientos cadáveres.

Aun así, al día siguiente, y aprovechando la obscuridad de la noche, los que guarnecían San Marcial y posiciones de aquel sector volvieron a repetir su fracasado intento, lanzándose, con gran lujo de fuego de cañón, granadas de mano, dinamita y fusilería, otra vez sobre los de Lácar, Montejurra y Regimiento de América, que resistieron aún más bravamente que en la jornada anterior. ¡Como que les sobró coraje para, al iniciar los acometedores la retirada, lanzarse sobre ellos, haciéndoles más de cuarenta prisioneros!

VII

Hubo que dar a nuestras fuerzas dos días de reposo—que bien ganado lo tenían aquellos valientes—,

más que por nada, porque el derroche de municiones en aquellos ataques y contraataques había sido tal, que los depósitos inmediatos a los primeras líneas estaban totalmente agotados y era necesario repostarlos de nuevo, cosa que no se lograba sin vencer grandes dificultades, por tener que ser enviadas las cajas de cartuchos desde los almacenes de Pamplona. Y así, en los días 30 y 31, los del centro y los del ala izquierda de nuestras líneas gozaron de casi absoluto reposo, porque los rojos ya tuvieron bastante con curarse los verdugones que habían recibido en sus dos jactanciosas acometidas y nosotros estábamos en trances de reorganización y repostamiento de las fuerzas. Pero, en cambio, los del ala derecha, siempre apoyada en los blindados, pudieron adelantar sus unidades, ocupando algunos lugares estratégicos, y especialmente el llamado La Puncha y la casa de los Carabineros, donde, por cierto, un grupo de comunistas se defendió bravamente. Con estas dos posiciones quedaban situadas nuestras fuerzas en la raya misma de la frontera, frente y cerca del pueblo francés de Biriatou y un poco a la espalda de San Marcial, lo que resultaba gran ventaja para nosotros, puesto que podíamos batir al enemigo por su flanco izquierdo.

Por aquellos días, entre los prisioneros cogidos hubo algunos que dieron referencias muy convenientes acerca del estado moral de las líneas rojas. Uno de ellos, que por cierto ostentaba la insignia de capitán con la estrella comunista de cinco puntas, se

expresó en forma bien elocuente. Preguntándole el coronel Beorlegui cómo era posible que estando tan bien atrincherados, teniendo tantas armas automáticas y siendo tan numerosos los que en las trincheras rojas se batían, en proporción de ocho o diez por cada uno de nuestros combatientes, no resistieran a nuestros ataques, el capitán contestó:

—¿Y qué quiere usted que hagamos? Estos soldados de usted avanzan contra nuestras trincheras, les hacemos fuego, volcamos a muchos, pero siguen avanzando, y, claro está, ¡nos tenemos que ir!

Esta gráfica manera de expresarse os dará idea, queridos muchachos, de la cantidad de coraje que pusieron nuestros soldados en aquella memorable batalla de San Marcial, que fué el primero de nuestros triunfos impresionantes y la señal evidente de cómo las tropas de Franco preferían morir a resultar vencidas en la contienda.

Reorganizadas ya las unidades, el día 1.° de septiembre se reanudó el ataque a San Marcial. No habían hecho más que desplegar nuestras guerrillas, cuando la aviación enemiga se presentó, y con audacia en ellos inusitada descendió lo suficiente para poder ametrallar con certeza a nuestros soldados. Al propio tiempo, la artillería roja de Guadalupe y San Marcial tuvo el acierto de colocar entre nuestras compañías varias granadas rompedoras que causaron muchas bajas. Las bajas, antes de establecer contacto directo con las trincheras enemigas, sumaban más del centenar. Tal desgaste hizo comprender

a nuestro mando la conveniencia de parar el ataque y no emplearse a fondo sin antes batir debidamente las líneas atrincheradas del enemigo. Además, entre aquellas primeras bajas que habíamos tenido se contaba nada menos que el comandante don Rafael García Valiño, que mandaba todas las fuerzas de asalto, que cayó en el momento mismo en que arengaba a sus muchachos para tomar a la carrera la segunda línea de trincheras rojas—con un balazo en el pecho que se creyó mortal, pero que, afortunadamente para la Patria, no agotó la vida de quien luego, durante toda la campaña, había de cubrirse de gloria como primero entre los primeros.

Substituído García Valiño y dadas órdenes a nuestros artilleros y a nuestra aviación para que antes de amanecer el día 2 de septiembre, a costa de lo que fuese, lanzaran densa metralla sobre los atrincheramientos de San Marcial, se corrió la señal de ataque. Esta vez, los soldados de la Legión llevaban el flanco derecho, y los requetés y falangistas, el flanco izquierdo. y a la hora justa determinada, aquellos hombres, que serían apenas mil doscientos, se lanzaron con tal rabia y tal valor, monte arriba, contra las alambradas y trincheras enemigas, que del primer empujón consiguieron quedarse con la segunda y tercera línea de alambradas. Los rojos, comprendiendo que había llegado la hora decisiva, y no encontrando en su corazón el denuedo conveniente para morir en sus puestos, dieron el grito de "¡Estamos copados! ¡Sálvese el que pueda!", y sin parar-

se a más—sin duda por falta de un jefe de verdadero prestigio que supiera cortar aquel momento de pánico—salieron huyendo de la cuarta línea de fortificación, de la ermita de San Marcial, situada en la cumbre, y corriendo a la desesperada tomaron el camino de Irún, para no pararse ni allí ni ante las amenazas de los jefes de Comités, porque muchos de aquellos fugitivos se lanzaron al Bidasoa, y no pocos de ellos atravesaron, en precipitada y vergonzosa fuga, el puente internacional, entregando las armas a los gendarmes que montaban en su extremo francés la guardia. La bandera de España quedó flotando en lo alto de las ruinas de la ermita que mandara erigir don Beltrán de la Cueva, pregonando el triunfo del valor heroico y de la abnegada tenacidad de los soldados de Beorlegui, el invicto jefe que, con el coronel Los Arcos, acreditó en la toma de San Marcial todo el temple de su alma valerosa. Muchos de nuestros oficiales y soldados cayeron en aquel empeño para ya nunca más levantarse. Pero era igual. ¡San Marcial era nuestro! Y con San Marcial, Irún, y con Irún quedaba cortado el paso de la frontera francesa y quedaban los frentepopulistas galos que habían acudido a aquella linde a presenciar curiosos cómo se derramaba la sangre de los españoles absortos y perplejos ante el heroísmo de las tropas de Franco y ante la cobardía de los sicarios del internacionalismo comunista.

A la toma de San Marcial siguió la de Behovia y la del puente internacional, y ya completados los ob-

jetivos con estas nuevas conquistas, la columna Beorlegui, el día 5 de septiembre por la mañana, entró en Irún...

Pero antes de seguir adelante, niños queridos, tengo precisión de hablaros de lo que en Irún pasó, para vergüenza de los marxistas españoles y tristeza de nuestros soldados triunfantes.

VIII

El Frente Popular de Irún había pasado desde el 19 de julio por distintas fases. Al principio, dominante de la situación un Comité en el que llevaban la voz cantante los nacionalistas vascos, el furor extremista, las persecuciones, encarcelamientos y asesinatos estuvieron bastante frenados. Al fin y a la postre, los separatistas vascos por algo y para algo se jactaban de lo acrisolado de sus creencias religiosas. Pero conforme las fuerzas salidas de Navarra se iban adentrando en la tierra guipuzcoana, y al de tales avances se disponían los rojos a la defensa de la frontera y de la ciudad de Irún, el predominio en el mando y en la "política" iba pasando, lenta, pero continuadamente, a los marxistas, anarquistas y comunistas, muy abundantes en Irún por los talleres ferroviarios allí existentes. Cada vez que nuestros valientes daban un paso de avance, las persecuciones y crueldades se acentuaban con las gentes indefensas, y el cementerio irunés fué testigo de múl-

tiples actos de vandalismo, como fué Irún entero escenario del tesón ladronicio de los extremistas.

Gran respiro fué para los rojos la parada que hubo de suceder a la toma de Erlaitz, porque precisamente en aquellos días, ya dominado San Sebastián por los frentepopulistas, empezaron a llegar a Guipúzcoa y a enviarse a la línea de choque irunesa los refuerzos en hombres y en material de guerra que de Vizcaya y Asturias mandaron los rojos con el fin de evitar el corte, tan temido, de la frontera francesa. Comenzaron también a llegar a las líneas rojas elementos extranjeros, técnicos en la guerra y en la revolución, y con todo ello empezó a organizarse de un modo relativamente serio, aparentemente disciplinado, el sistema defensivo del frente del Bidasoa.

Mas cuando vieron los dirigentes rojos que todas sus previsiones venían a quedar en nada ante el empuje que ponían al acometer los soldados de Beorlegui, inquietos y taimados, trazaron su plan de evasión y, al propio tiempo, su postrera y más bellaca venganza: la destrucción de Irún. El día mismo en que por primera vez nuestros soldados atacaron el célebre San Marcial, la "radio" de San Sebastián dió a conocer cómo "los dirigentes iruneses habían quedado comprometidos a morir en sus puestos, y, en todo caso, a malograr la victoria de Franco entregando no más que un montón de escombros y de cenizas".

Y como lo pensaron lo hicieron aquellos misera-

bles. Al caer Irún en nuestro poder, tras del pánico inicial ya señalado, que llevó a muchos de los más jactanciosos extremistas hasta el otro lado del puente internacional, al comprobar cómo no eran material e inmediatamente perseguidos y cómo se mantenía expedita la puerta propicia a la fuga por Behovia, los dirigentes dieron la orden de "prender fuego a Irún por los cuatro costados". Durante la noche del 3 al 4 de septiembre, y hasta la madrugada siguiente, unas hordas de incendiarios se dedicaron a rociar con gasolina los principales edificios de la bella ciudad, singularmente los de sus avenidas y paseos principales, en que estaban enclavados espléndidos edificios, magníficos palacios y "villas" de veraneo. Casa por casa, piso por piso, iban aquellos enfurecidos dementes preparando su obra destructiva, y apenas al amanecer del día 5 sonaron, por el lado del río, los primeros disparos de fusil, unas cuadrillas de rojos, únicos quedados en Irún para tal efecto, comenzaron a prender fuego a las bien preparadas hogueras, y cuando vieron que todo el Irún nuevo era pasto de las llamas, salieron corriendo hacia el puente internacional o se lanzaron a unos botes que tenían preparados en el río, para, cruzándole, internarse en tierra francesa.

¡Fué terrible aquello! Quizá lo más terrible de toda la guerra. Irún era un inmenso brasero. Las llamas se veían desde San Sebastián, y aquella multitud de curiosos, enfermizos, anormales, que se venía complaciendo en seguir a simple vista los dramáticos

episodios de la dura contienda española, tuvieron una apoteosis trágica, como quizá ni esperaban siquiera en sus torpes anhelos de emociones fuertes... ¡No quedó piedra sobre piedra en aquella parte de Irún, que era envidia de los franceses de Hendaya! Más de la mitad de las edificaciones totales vinieron al suelo tras de ser pasto largo de voraces llamas... ¡Y cuando nuestros soldados, en la mañana del día 5 de septiembre, pretendieron clavar la bandera española en las casas de Irún, no pudieron hacerlo, porque Irún era un volcán, un verdadero infierno, un testimonio fehaciente del espíritu canalla de aquellos que pretendían convencer al mundo de que eran los auténticos, los legítimos representantes del pueblo español!

Francia se hizo la desentendida; el fulgor de aquellos espantosos incendios no la dijo nada, nada. Y continuó, impasible, mostrando gesto simpático para aquella chusma, rebaño de fieras, baldón de la raza humana.

Y porque el gesto al otro lado de la frontera era acogedor, se disparaban fusiles desde el centro mismo del puente internacional por los que, al huir, pero al ver próximo y abierto el puerto de salvación, aún pretendían hacer un último daño... Como lo hicieron. Porque una de aquellas balas que venían de la dirección del país vecino fué a herir las carnes del glorioso conquistador de Irún, del coronel Beorlegui...

—¡Caramba, qué gracia!... ¡Al final, zurrapas!

¡Pues no han ido a herirme ahora que esto se ha acabado!...—exclamó el coronel, sin inmutarse.

Un ayudante miró al sitio al que se había llevado la mano el bizarro coronel; tenía un balazo—una bala fría, probablemente—en la pantorrilla; del pequeño agujero salía un hilillo, no más, de sangre.

—¡Bah! Dejemos esto. No tiene ninguna importancia. ¡Ya me curaré luego! Vamos a ver ahora cómo organizamos un servicio para salvar lo que se pueda de esta pobre ciudad, que eso es lo que me cumple y lo único que me interesa.

Y con aquel gesto tan suyo, tan de "valiente seco", valiente de verdad, empezó a ordenar, a disponer, a ir de este lugar a aquel otro, cojeando, sí, pero sin lanzar un ¡ay! y sin tomarse unos minutos de reposo. ¡Quería salvar a Irún del fuego! ¡Por lograrlo iba dejando en aquella tierra calcinada el trazo rojo de su sangre generosa!

Dicen que no consintió que le curaran hasta llegada que fué la noche. Dicen que no quiso darse de baja, y que al siguiente día presidió la toma de Fuenterrabía, y luego la del fuerte Guadalupe, y más tarde la de todo el macizo del Zubelzu. Y que como inmediatamente continuase el avance para liberar a San Sebastián, aunque la pierna se le inflamaba y los dolores le mordían de continuo, no quiso dejar su puesto, ¡aquel puesto de honor que había ocupado en la plaza del castillo de Pamplona y abandonó sólo en el Hospital Militar de San Sebastián, donde los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles! ¡¡Beor-

legui murió a consecuencia de la gangrena, por no haberse curado debidamente y a tiempo, por no darle la menor importancia a su propia vida y sí toda al servicio de la Patria!!

Niños, hijos de nuestra España, ¡guardad siempre en lo más hondo de vuestros corazones el nombre del héroe de Irún, y gritad conmigo:

Invicto coronel Beorlegui, muerto por Dios y la Patria, ¡¡¡Presente!!!

(¡Qué abrazo más fuerte, más hermanado, se darían allá en lo alto, sobre los luceros, en el lugar que Dios tiene reservado para sus mejores, Ortiz de Zárate y Beorlegui, a los que no mucho más tarde había de unirse otra de las figuras gigantes de esta epopeya de Irún: el comandante Galvis!)

IX

Irún tiene para nosotros, los españoles de Franco, no sólo la trascendencia de una gran victoria militar y del alto objetivo estratégico logrado al cortar la comunicación de la zona roja con Francia y dividir en dos el campo marxista, dejando aislado por completo el del Norte del de Levante y el Sur, con lo que los frentepopulistas de la costa cantábrica no podían recibir por tierra ningún género de ayudas del resto de la Península, sino que tiene, además, la significación triste y dolorosa de haber sido allí donde adquirimos testimonio de presencia de la barba-

rie insólita de nuestros enemigos. Ya era mucho aquel espectáculo horrible del cobarde incendio de la ciudad irunesa y la fuga, en estilo de rebaño espantado, de los que se jactaban de haber contenido nuestro ímpetu, sucesos ambos desarrollados a la vista de Francia, y que eran, por lo tanto, imposibles de ocultar, disimular o desfigurar; pero aún se añadió a tales síntimas de salvajismo y de cobardía alevosa la huella sangrienta, mil veces execrable, que los sin Dios y sin Patria dejaron impresas en las cárceles de Irún, y más especialmente en el fuerte de Guadalupe. Aquel lugar, con el patio del cuartel de la Montaña, de Madrid, y las checas de Valmayor, en Barcelona, y de Bellas Artes y Fomento, en la capital de España, pasarán a nuestra historia con rojos caracteres y deberán servir a los pueblos incautos y confiados de lección para prevenirse de tanto daño y proterva crueldad y no dejarse ya nunca convencer por los cantos de sirenas engañosas de la horda internacional, que aún piensa y cree que en el marxismo está la panacea de la Humanidad y la esencia de la justicia social del mundo.

No más tarde que el día 19 de julio comenzaron a funcionar en Irún, como en San Sebastián, los Comités de Defensa de la República, y no más tarde que en ese mismo día se llenó la cárcel irunesa y empezaron los carceleros a "hacer sitio" para nuevos detenidos, matando a algunos y enviando a los más a Guadalupe como prisioneros de guerra "terriblemente peligrosos", a cuantas personas de dere-

chas vivían en aquellos pueblos fronterizos, donde los burgueses, de muy antiguo, tenían acreditado no buscar más que el solaz y descanso propios de sus virtudes salutíferas y de sus acreditadas dotes acogedoras de hospitalidad, interesada, pero bien organizada. Fuera de los pocos pertenecientes a la Derecha Vasca y a la Ceda, en Irún, como en Fuenterrabía, los indígenas eran ajenos a toda política y no vivían sino atentos a su trabajo y al servicio, y con él, al provecho de las bien nutridas colonias veraniegas, que ya por aquellas fechas habían empezado a verse concurridas en el año 36.

A pesar de ello, en las últimas semanas del mes de julio, de Fuenterrabía pasaron al fuerte de Guadalupe, tras no leve calvario en la cárcel frentepopulista, hasta cincuenta y siete prisioneros, de los cuales treinta y cinco eran veraneantes; de Irún, la suma de presos trasladados a Guadalupe alcanzó la cifra de ciento sesenta y seis, y, en fin, ya al finalizar agosto, desde el mismo San Sebastián trasladaron al fuerte a veinticuatro prisioneros. Es decir, que llegaron a reunirse en aquella alejada fortaleza la friolera de unos doscientos cincuenta desdichados, a los que se hizo objeto de todo género de malos tratos, y de los que fueron canallesca y caprichosamente asesinados quince, sin contar otros tantos que cayeron muertos villanamente en el cementerio de Irún, en el camino de Fuenterrabía y... ¡dentro del mismo hospital o a su puerta, porque hasta aquel lugar de

sufrimiento y de respeto les persiguió la iracundia marxista y separatista!

La odisea de estas gentes no es para descrita; pero aun así, no es posible que omitamos una rápida versión de lo que aquello fué, porque encierra alta elocuencia y define a la perfección la moral de aquellas gentes, a quienes, para vergüenza de ellos, ayudaban entonces países que se decían ultracivilizados y españoles que se proclamaban no ya cristianos puros, sino católicos practicantes.

X

Los primeros presos que se enviaron a Guadalupe desde Irún fueron recibidos por el jefe del fuerte, más que como tales presos, con el noble propósito de arrancarlos de las garras marxistas y defender sus existencias del furor rojo. Mandaba el fuerte y el pequeño destacamento que lo guarnecía el capitán de Infantería don Juan Grajera, militar pundonoroso y muy atento a no extralimitarse nunca de la Ordenanza y la disciplina. Por ser éste su credo, cuando los que portaban los presos de las primeras redadas pretendieron, a título de reforzar la guarnición del fuerte para asegurar la custodia de los detenidos, quedarse montando guardia en Guadalupe, se negó rotundamente a aceptarlo, diciendo que "él respondía de los prisioneros y que se bastaba y sobraba para la segura custodia de los mismos". De-

cepcionados, los rojos acudieron a las autoridades del Comité de Defensa de Irún, y a nuevos requerimientos de varios miembros de éste, que subieron a Guadalupe y no consiguieron que el capitán les franquease la entrada, se instalaron en los alrededores de la fortaleza, en la ermita y hospedería, ínterin llegaba de San Sebastián la orden precisa del gobernador militar, sin la cual el capitán Grajera había declarado que no dejaría entrar a nadie en el fuerte ni tampoco dejaría que saliesen los presos de él.

La traición, arma siempre puesta en juego por los marxistas, no tardó en solucionar la pugna. Por medio de un sargento, al que el capitán había dejado salir de Guadalupe en busca de unos medicamentos de que había de proveerse en Fuenterrabía, la entrada del fuerte quedó franca en una noche, y los milicianos penetraron en la fortaleza. Cuando Grajera pretendía, con unos pocos soldados, rechazar a los que entre las sombras de la traición habían conseguido penetrar en el foso y patios, se vió de improviso cercado y amenazado por las pistolas de unos "faístas", que al fin le desarmaron y llevaron prisionero a Irún, donde, tras de declarar, se le pasó al hospital para que curase de diversas heridas que había sufrido en la refriega al ser detenido. De aquel santo asilo fué sacado con engaños la noche del 11 de agosto, para perder la vida; su cadáver fué encontrado a la mañana siguiente en la escalinata del hospital en el momento mismo en que su mujer, acompañada de dos de sus cinco hijitos, acudía a llevarle

la diaria comida. El encono marxista, el deseo de venganza no se detuvo ni ante la consideración de que aquel buen militar no había hecho otra cosa sino cumplir con su deber al no quebrantar ante amenazas las órdenes y consignas de sus superiores y aguardar las disposiciones de éstos antes de entregar el puesto y misión que le habían sido confiados... Pero ¡qué entendían aquellos miserables de cumplimiento del deber y de ordenanzas inquebrantables en la vida militar!... Ellos sólo sabían que aquel hombre había tenido el cinismo—decían ellos; la valentía, decimos nosotros—de oponerse justificadamente a una orden de un Comité formado por cuatro indocumentados y otros tantos bandidos, y ese delito tenía que pagarlo, en pura "justicia" roja, rindiendo la vida al brazo asesino.

Substituyó a aquel hombre de bien, espejo de alto espíritu militar, como era lógico, el traidor, el sargento de marras, a quien, naturalmente, se ascendió de golpe y porrazo nada menos que a comandante, hasta que la bestialidad de tal tipo obligó a relevarle de su puesto, dejándole sólo como encargado de la artillería—¡y así fué ello!..., afortunadamente para nosotros—, pasando a ser jefe supremo del fuerte un capitán de Artillería retirado, procedente de la clase de tropa, Pedro Santillán, cuya política en el fuerte y frente a los presos y las barbaridades que se pretendieron cometer, y aun se cometieron con ellos, fué bastante equívoca, pues mientras hubo ocasiones en que con su intervención evitó fusilamien-

tos en masa, en cambio, en otras, lejos de ayudar a los prisioneros, entorpeció la evasión de éstos, y, en fin, en el trance supremo de los últimos momentos, huyó cobardemente a Francia; pero, lejos de hacerlo cumpliendo su palabra de abrir las puertas de la prisión, dejó a los amenazados cautivos dentro de ella y con las puertas bien cerrojadas.

En las mazmorras—no se pueden llamar de otro modo—del fuerte Guadalupe vivieron horas de constante angustia aquellos desdichados hermanos nuestros, empezando porque a aquellos doscientos cincuenta hombres se les hizo ocupar las galerías más húmedas y peor ventiladas y siguieron con los martirios, como el colocarlos en las rampas que daban frente al mar para que las granadas que lanzaban nuestros barcos de guerra a fin de acallar las baterías del fuerte encontrasen en ellos víctimas propiciatorias. Entre aquellos prisioneros los había de toda edad y condición social, desde los títulos de Castilla y ex ministros, hasta simples menestrales y artesanos, y desde los hombres de edad provecta hasta los adolescentes.

El régimen de la prisión estaba montado a base de todo género de vejaciones y suplicios de orden moral y material. Los presos tenían que emplearse en los más bajos menesteres, tales como evacuar las letrinas, fregar los suelos, etc., etc... Ello dió lugar a que más de una vez los nuestros denotasen el temple de sus almas. Por ejemplo:

Tocó una mañana al ex diputado de Acción Espa-

ñola e ilustre literato don Honorio Maura hacer la limpieza de los suelos y menaje de la cocina. El ilustre dramaturgo se empleó, con su acostumbrado buen talante, a fondo en la misión que le habían confiado, y dejó cacerolas, platos y suelos limpios y bruñidos hasta el punto de parecer verdaderos espejos. El miliciano que montaba la guardia, asombrado del afán y de la destreza puesta en juego por Honorio Maura, llamó a otros de sus camaradas para que admirasen aquella labor del insigne hijo del más honrado de los políticos españoles:

—¡Qué bárbaro! ¡Eres un tío con el estropajo y el asperón! Cualquiera diría que no has hecho otra cosa en toda tu vida—dijo uno de los milicianos, el que más se caracterizaba por su encono al insultar y humillar a los prisioneros.

Honorio Maura, muy digno, sin perder su gesto alegre y de amplia serenidad, contestó reposadamente:

—Esa es la ventaja que yo te llevo a ti, porque yo sé hacer esto y además sé escribir comedias, y tú, probablemente, no sabes escribir ni tu nombre ni tienes idea de cómo se bruñe una cacerola.

De lo que no andaban tan mal como en otros lugares los presos de Guadalupe era de comida; primero, porque en el fuerte había grandes depósitos de lo indispensable para confeccionar rancho durante bastante tiempo, y además, porque las autoridades rojas no tuvieron inconveniente en que desde la hostelería del santuario enviasen a los detenidos, por

encargo de sus familiares, platos de alimentos, que no hay que decir que casi nunca llegaban completos a sus manos, pero que, de todas formas, servían para mejorar en algo el rancho, que en ocasiones, y a todas luces por mala intención, estaba tan mal condimentado, que era imposible injerirlo. En cambio, las malas condiciones de las galerías en donde tenían forzosamente que pasar los presos todas las horas de la noche y la mayor parte de las del día fué causa de que la mayoría de ellos enfermasen, singularmente del aparato respiratorio, y que algunos hubiesen de ser trasladados a los hospitales de Irún y Fuenterrabía por la gravedad de su estado.

Hubo un momento en que se empeoró la situación; fué cuando empezaron nuestras tropas a marcar la decisión de su avance hacia la frontera, y aún resultó peor cuando nuestros barcos, el "España" y el "Cervera", situados frente a Fuenterrabía, empezaron a batir los cañones de Guadalupe. Por una orden del Comité del Frente Popular de Irún, el día 12 de agosto se notificó a los presos que por cada víctima que causaran las bombas de los barcos españoles serían fusilados cinco de ellos, como represalias, y para que esta amenaza tuviese toda la amplitud de efectos que los rojos buscaban al hacerla, se obligó a algunos de los prisioneros a que escribiesen cartas, que se encargaban los rojos de hacer llegar a manos del obispo de Pamplona y del general Mola, anunciando que "su vida estaba pendiente de un hilo si no cesaban los bombardeos". Por si ello fuera poco, por me-

dio de la "radio" de San Sebastián se avisó repetidamente que, "en caso de volver a las andadas el "España" y el "Cervera", los rehenes de Guadalupe sufrirían inmediatamente las consecuencias".

No dió resultado tal añagaza, y el 17 de agosto, a las siete de la mañana, ante el primer disparo hecho por nuestro "España", se ordenó a los presos que formasen en el patio, y de allí los sacaron, de dos en dos, hasta la explanada exterior, quedándose los milicianos resguardados en las casamatas, pero con las pistolas ametralladoras a punto, por si alguno de ellos pretendía escapar. Lo cierto es que cuando los presos aguardaban una muerte segura, porque cada vez los cañones del "España" afinaban más su puntería contra Guadalupe, alguien ordenó que se retirara a los rehenes de la explanada, volviéndolos a las galerías-dormitorios, y se hizo bien a tiempo, porque no habían hecho más que desaparecer cuando cayeron hasta cinco granadas de grueso calibre en aquel lugar.

Los presos mantenían en alto su espíritu. Se rezaba el rosario conjuntamente, y los dos sacerdotes que allí se encontraban detenidos recibían las confesiones y daban los auxilios de la religión a los que sentían flaquear su ánimo. Lo más triste para ellos era el dramático dualismo en que se encontraban sus espíritus, porque mientras por una parte, a lo primero, los cañoneos de las batallas que se libraban en el frente del Bidasoa-Oryazun reconfortaban su ánimo y alzaprimaban la esperanza de la pronta li-

beración, que había de llegar con el avance y triunfo definitivo de los soldados de Franco, por otro lado tenían la experiencia triste de cómo la cobarde gentuza miliciana pretendía vengar en ellos las derrotas que constantemente sufrían. Así ocurrió, por ejemplo, el 19 de agosto, día en que arreció el ataque por el frente de Irún, porque cuando mayor era el estruendo de la batalla, que se percibía claramente desde el interior de Guadalupe, una turba de milicianos que sin duda no habían tenido valor para ir a las trincheras a contener como verdaderos soldados el ímpetu y coraje de los nuestros, subió a Guadalupe y se constituyó en tribunal para ir juzgando uno por uno a los detenidos, con el fin de separar a ciento cincuenta de ellos, número que exigía el Frente Popular como víctimas inmediatas por la derrota que en el frente estaba sufriendo. Y en aquel juicio, más que sumarísimo, relampagueante, fueron condenados a muerte trece de los detenidos de Irún, llegando algunos de ellos, después de tenerlos en capilla durante veinticuatro horas, a ser víctimas de la más cruel de las estratagemas: la simulación de su propio fusilamiento. Sin embargo, ninguno perdió la vida en aquella ocasión, porque, según parece, se impusieron los nacionalistas vascos, que todavía ejercían bastante influencia dentro de los Comités ejecutistas. Uno de ellos, martirizado con el fusilamiento simulado, don Jesús Ayestarán, allí mismo firmó su sentencia de muerte positiva, porque cuando ya estaba de pie junto al glacis y enfrente de las bocas de los fusiles que

parecía habían de dispararle, no se pudo contener y gritó: "¡Viva España, y si ha de ser para su salvación, canallas, tomad mi vida!" No murió en aquel momento, como decimos; pero a los pocos días, habiendo sido trasladado al hospital de Irún, alguien que sin duda había estado en el pelotón de ejecución simulado lo delató, y sin más juicio ni más advertencias de los que le rodeaban le volaron la cabeza a tiros de sus pistolas ametralladoras.

XI

Pero llegaron—¡cómo no habían de llegar!—los fusilamientos auténticos. Los primeros tuvieron lugar en el cementerio de Irún en la madrugada del 26 de agosto, día en que perdieron la vida, asesinados, don Antonio Escalez y don Mariano Alfaro, a quienes en la noche anterior se había sacado de Guadalupe diciendo que tenían que ir a Irún a ampliar declaración, y en lugar de tomársela los llevaron a las tapias del cementerio y allí los asesinaron a media noche. Poco tiempo después, el 2 de septiembre, a las dos de la madrugada, sacaron del fuerte a don Carlos Savia, don Joaquín Solves, don Jesús Alexandre, don José Ayestarán y don Manuel Blanco, y no habían hecho más que trasponer la puerta exterior de la prisión, cuando una descarga los tumbó sin vida en el suelo, pero no a los cinco, porque uno de ellos, Manuel Blanco, se tiró antes de la descarga al sue-

lo, por temerse aquella trágica añagaza, y esgrimiendo luego una navaja que había podido ocultar entre sus ropas, hirió a varios de los que le perseguían y logró ocultarse entre los maizales y luego en un caserío, salvando, al fin, la vida.

Como Irún estaba ya en sus postrimerías, el jefe de la prisión, Santillán, y los milicianos que guarnecían el fuerte salieron huyendo por la noche, dejando encerrados con llave y cerrojo a los presos y sólo a dos milicianos para su vigilancia.

En el día anterior habían conseguido fugarse bastantes presos, los que, al llegar a Fuenterrabía y darse cuenta de la inminente caída de Irún, se dedicaron a levantar el ánimo de las personas de la colonia de Fuenterrabía, animando a dar un asalto inmediato al fuerte Guadalupe para poner en libertad a los que aún permanecían allí encerrados. Pero hubo algunas dudas y vacilaciones, y cuando, por fin, los más valerosos se decidieron a marchar hacia el fuerte, ya habían vuelto a guarnecerlo los rojos, porque varios camiones de milicianos que huían de Irún y de Fuenterrabía en dirección a San Sebastián. antes de evadirse de aquel campo—que no habían sabido defender con las armas en la mano—, pensaron en los presos de Guadalupe y fueron a visitarlos con el "sano" intento de no dejar a uno vivo. En aquella mañana del 2 de septiembre se constituyó el tribunal de sangre en el fuerte; los primeros elegidos para ser fusilados en el acto fueron don Honorio Maura y don Joaquín Beúnza. Honorio Maura fué

llamado por un chofer que le conocía de antiguo, y no vaciló un solo momento, porque al oír proclamar su nombre salió de entre el montón atemorizado de presos que estaba en el fondo de la galería y con voz entera dijo:

—Aquí estoy.

Y luego, tras de acercarse a uno de los presos de su mayor intimidad y entregarle algunos recuerdos para que en su día los pusiera en manos de sus familiares, sólo dijo esto:

—¡Qué lástima! Soy un barco que naufraga a la entrada del puerto; pero, en fin, si mi muerte puede salvaros a vosotros, muero con gusto.

Le fusilaron, y luego fué llamado a gritos Beúnza, quien, como su antecesor, atravesó con ánimo fuerte la galería, y tras de besar la mano a uno de los sacerdotes, rezando se dirigió al lugar de la ejecución. Dicen que su último grito fué "¡Viva Cristo Rey!" Los dos cadáveres fueron enterrados juntos, y los dos tenían la cabeza completamente destrozada; singularmente la de Beúnza estaba terriblemente desfigurada.

Nuevamente aquellas fieras buscaron presa de prestancia. Esta vez se pregonó el nombre del adalid del tradicionalismo don Víctor Pradera, diputado, ilustre tratadista, político insigne y acrisolado español. No estaba entre los presos de Guadalupe, porque... ¡ya lo habían sacrificado los rojos de San Sebastián en Ondarreta! Al comenzar la tarde de aquel día aciago llegaron de Irún otras dos nuevas víctí-

mas: el general de la Armada don José María Roldán y el capitán de Miqueletes don Dionisio Ibáñez; los dos cayeron en la misma rampa del fuerte, acribillados a balazos.

No les bastaba aún a los forajidos. Formaron en el patio a todos los presos, y mientras los tenían a boca de fusil iban sacando del nutrido grupo a aquellos que se les antojaba dignos de la muerte sólo en una simple inspección ocular. Así fueron destinados al suplicio el conde de Llobregat, el marqués de Elosegui, el ex ministro don Leopoldo Matos, el teniente coronel de Miqueletes don Félix Churruca, el coadjutor de la Parroquia de Fuenterrabía don Miguel Ayestarán y, en fin, el guardia municipal y el cabo de serenos de Irún señores Galarza y Sáez, estos dos... ¡por la sencilla razón de encontrarse formando en la cola de los prisioneros! Los siete mártires cayeron, heridos por la espalda, antes de llegar al trágico terraplén donde se venían perpetrando aquellos crímenes injustificables para cualquier ser humano, y más por realizarse cuando a todas luces los rojos tenían perdida la partida en el frente irunés.

No siguieron las ejecuciones porque providencialmente empezaron a caer granadas sobre Guadalupe, enviadas por nuestras baterías; ello bastó para que aquellos verdugos, ganosos de ponerse en franquía, volviesen a encerrar a los presos y ellos se escondiesen a su vez en lugar seguro y al resguardo de las explosiones, de cuyo resguardo no tardaron en salir porque empezó a pasar por frente a Guadalupe un

rosario de milicianos, los que iban desalados y gritando:

—¡Corred, que ya suben! ¡Que ya están encima!

Y... ¡nadie vaciló! Huyeron casi todos como bestezuelas espantadas, y sólo quedaron cuatro o cinco de ellos, bien escondidos, pensando, sin duda, que mejor que seguir la fuga a través del Jaizquibel sería burlar la vigilancia de nuestros soldados escondiéndose en el fuerte, para luego presentarse, como era en ellos costumbre, haciéndose los infelices. No les valió la treta, porque, descubiertos en la primera requisa que los requetés hicieron en el fuerte, y comprobado cómo habían intervenido en las ejecuciones, tras de un Consejo de guerra sumarísimo pagaron con sus vidas tanta y tanta aberración como habían presenciado y perpetrado.

XII

Como final, queridos muchachos, quiero relataros el episodio de la fuga de más de la mitad de los que vivían de milagro en Guadalupe.

Extraordinario fué el hecho de la evasión de los cincuenta y seis prisioneros en la noche del 5 de septiembre, víspera de Nuestra Señora de Guadalupe, a cuya intervención hay que atribuir el prodigio. Sentenciados a muerte y señalados para la ejecución treinta de ellos, que habían de perecer en la mañana del día 6, aconteció que los que durante los dos días anteriores se habían ensañado con los presos, ejecu-

tando a los que ya hemos nombrado, organizaron un espléndido banquete con el fin de agotar las provisiones de comestibles y bebestibles antes de la llegada, ya inminente, de los "fachistas y carcas". El festín, con abundancia de libaciones, tuvo un final inesperado. Hallábase en Guadalupe el comandante de la Guardia civil, rojo, Ezcurra, y con él el comisario de Guerra de San Sebastián, Larrañaga, llegados ambos después de la matazan a Guadalupe. No se sabe si por efecto del alcohol, que, como a tantos bebedores, les convirtió en "sensibleros", o porque, "por si acaso no podían llegar con bien a San Sebastián en su próxima huída, querían jugar una carta en el "paño contrario", es lo cierto que ambos, por separado primero y luego conjuntamente, en los intermedios de la orgía fueron a visitar a los presos y les aseguraron que "ya no habría más ejecuciones, y que antes de consentirlas estaban dispuestos a favorecer su huída"... Pero todo aquello quedó en las manifestaciones verbales de aquellos borrachos—se dice que hasta lloró el "cocodrilo" de Larrañaga—, pero ni se daba un plan para la fuga ni mucho menos se abrían las puertas para facilitarla. Pero...

Hubo un hombre más sincero, más de verdad decidido a evitar tanto y tanto proceder abyecto, que se jugó la vida por salvar la de los demás. Este hombre venía desempeñando el cargo de carcelero; aquella noche entró a hacer su ronda de presos, y sin poderse contener expresó su indignación calurosa por

los fusilamientos registrados. Terminó su encolerizada protesta diciendo:

—Esto se ha terminado, y yo me encargo de ello, aunque me cueste la vida. Esta misma noche facilitaré la fuga de doce de ustedes, cuya lista estoy formando, y para la que quiero que me den ustedes algunos nombres que aún me faltan.

Y dirigiéndose al señor Ollo, a quien de antiguo conocía y consideraba, le pidió que enumerase a varios de los que él tuviese más interés en salvar. Hidalgamente, el señor Ollo—y todos los que le escuchaban—se negó a tal selección, y entonces el salvador exclamó:

—Pues bien, por mí, que se escapen todos, si pueden. Yo me encargo de lograrlo esta misma noche.

Desgraciadamente, cuando ya había entregado las llaves de la puerta—la contraria a la de acceso a la galería de entrada—por donde habían de encontrar la salvación los nuestros, un compañero del arrojado carcelero empezó a mostrar su disconformidad, y hasta habló de denunciarle si no volvía a recoger las llaves. Russel, que así se llamaba el abnegado favorecedor de los presos, "toreó" al discrepante, y... todo pareció haber quedado deshecho. Pero a media noche, el hijo del señor Ollo recibió de nuevo la llave de la puerta enverjada; poco más tarde, cuando el festín de los rojos estaba en pleno apogeo, fué avisado para proceder en el acto a la evasión. Ciento cincuenta y seis prisioneros corrieron a la galería, abrieron la puerta y salieron al exterior, donde no

había centinelas, como de costumbre, porque a todos se había llevado Russel al interior del fuerte para que participasen de la comilona, pero en cambio estaba Russel, quien les animó y condujo hasta las alambradas exteriores, que los que huían atravesaron a costa de dejarse su piel y su sangre en ellas. Por el frente del mar se encontraron, al fin, en libertad, y echaron a correr desesperadamente en dirección a Fuenterrabía, carrera que aún se hizo más loca porque sonaron unos tiros que Russel tuvo que disparar, cubriéndole la retirada, porque la fuga había sido descubierta a los pocos minutos de realizarse y cuando aún no había podido salir el resto de los presos, que se quedaron en espera de conocer el resultado de la primera tentativa.

Inmediatamente organizaron la caza de los fugitivos los milicianos. Por suerte, la noche era obscura y la borrachera de los perseguidores casi unánime, y salvo dos o tres, que por falta de fuerzas quedaron agazapados en las inmediaciones del fuerte, y uno que murió de resultas de los disparos que los rojos hacían a tontas y a locas, el resto pudo alejarse de aquel lugar fatídico y mal que bien llegar a sitio seguro.

Sin embargo, para muchos hubo aún larga odisea final. Escondidos entre los maizales, ignorantes de lo que sucedía en Irún y Fuenterrabía, permanecieron algunos horas y días. Hubo uno que se quedó sin fuerzas ni aun para gritar en unas rocas próximas al mar, y allí estuvo cerca de una semana, alimen-

tándose de hierbajos y bebiendo agua de lluvia, hasta que, ya casi en la agonía, fué descubierto su cuerpo; la ciencia logró luego salvar su vida. Pero los más de los que escaparon no sólo consiguieron llegar a Fuenterrabía, sino que en realidad ellos mismos fueron los que liberaron y reanimaron a los moradores de la localidad, decidiéndoles a izar la bandera española, a enviar enlaces a Irún y, en fin, a organizar una expedición que había de subir a Guadalupe a rescatar al resto de los prisioneros, cosa que, como ya he dicho, no pudieron conseguir.

• • •

Con este signo de sangre y de dolor, con el desconsuelo de haber perdido a los dos jefes que fueron los impulsadores de aquel gran triunfo de Irún, Beorlegui y Ortiz de Zárate, se cierra este capítulo de la "Historia de la Reconquista de España", capítulo lleno de bizarro romanticismo, capítulo que trasciende a vigor de savia genuinamente racial española. La victoria de aquella etapa fué como un exponente de lo que después iba a acreditarse en nuestra Cruzada de Redención Nacional, porque allí, desde Navarra a la raya de Francia, en el frente de Irún, en San Marcial y Guadalupe, se triunfó gloriosamente gracias a que todos dieron las flores de su entusiasmo, los frutos de su abnegada entrega total para el mejor y más alto Servicio de Dios y de España.

Madrid, abril de 1940.

Lo que se propone "EDICIONES ESPAÑA"

Se ha escrito mucho acerca de la magna Epopeya, labrada en granito, culminación de esfuerzos gigantescos de nuestros soldados heroicos y creada en el cerebro prodigioso de nuestro invicto Caudillo; pero siempre habrá de ser, por los siglos de los siglos, cantera inagotable de donde nuestros futuros publicistas sacarán materiales con que dar a luz libros y estudios de tipo histórico y docente que constituyan otros tantos pilares donde se asiente la obra inmensa gloriosamente iniciada por ese hombre providencial que siente a España en el cogollo del corazón.

EDICIONES ESPAÑA, modesta, pero entusiásticamente, quiere también contribuir al empeño patriótico de tantos ilustres conciudadanos nuestros, y, sin escatimar nada, se lanza por el camino felizmente emprendido, y comparece ante los millones de lectores españoles que todavía ignoran mucho de cuanto aconteció en los campos de batalla y, antes, en el inicio del glorioso Movimiento, con el propósito de que no haya un solo español que ignore todo lo que hay de maravilloso y emocionante en la santa Cruzada de nuestro Ejército y sus invictos directores.

"El Tebib Arrumi", cronista inimitable y espectador emocionado y ardiente de cuantos hechos de armas se han sucedido a lo largo de la cruenta contienda, va a contaros cuanto vieron sus ojos e hirió su viva imaginación en su calidad de "Cronista oficial de guerra"... ¿Quién mejor testigo de la Cruzada portentosa? Posiblemente, nuestros lectores, los lectores de EDICIONES ESPAÑA, van a tener que agradecernos la aparición de esta serie de pequeños volúmenes, debidos a la pluma brillantísima, exacta y veraz del popularísimo "El Tebib Arrumi", que con este duodécimo tomo, titulado *La epopeya de Irún*, continúa la interesantísima colección de episodios, anecdotarios, bélicas hazañas de nuestros guerreros, sin posible semejanza en el pasado del mundo.

A continuación de *La epopeya de Irún*, EDICIONES ESPAÑA lanzará a la calle, sucesivamente, los siguientes volúmenes:

Tomo XIII, *Soñaba el rojo con Zaragoza, Huesca, Teruel...;* tomo XIV, *Mallorca, la españolísima;* tomo XV, *¡Santa María de la Cabeza!;* tomo XVI, *Lucha en Avila, Gredos, Talavera;* tomo XVII, *Florón el más preciado: Alcázar de Toledo;* tomo XVIII, *Del Tajo al Manzanares;* tomo XIX, *¡Casa de Campo!... ¡¡Ciudad Universitaria!!;* tomo XX, *En Alava hubo un Villarreal...;* tomo XXI, *La conquista de Málaga;* tomo XXII, *Batallas del Pingarrón;* tomo XXIII, *Aquello de Guadalajara fué así;* tomo XXIV, *Proezas marineras del primer año;* tomo XXV, *Anecdotario del Caudillo.*

El simple enunciado de los epígrafes de estos pequeños libros, todos avalados por la pluma del Cronista de guerra, "El Tebib Arrumi", nos releva de más palabras y de todo comentario. Este lo harán desde el primer volumen todos los que lo lean, y, sobre todo, lo que más habrá de satisfacernos es el contento y la alegría de nuestros pequeños lectores, en cuyas almas se van a encender todas las puras luminarias de sus mentes juveniles y entusiastas.

PRECIO:
UNA
PESETA

DIANA Artes Gráficas.—Larra 6.—MADRID